

# Páginas Ilustradas

AÑO II

Propietarios: Calderón Hermanos

Nº 71

Director, PRÓSPERO CALDERÓN

## EL LATIGO

La madre de un muchacho campesino  
ganaba de comer hilando lino,  
y el muchacho, grandísimo galopo,  
le hurtaba una porción de cada copo.  
Juntando las porciones fué tejiendo  
un latigo tremendo  
con la pícara idea  
de zurrar á los chicos de la aldea.  
Los ocios del amigo no eran buenos,  
la intención, por lo visto, mucho menos.  
Dióse á pelar la rueca tanta prisa  
que hubo la madre de notar la sisa,  
y registrando con afán prolijo  
el arca donde el hijo  
guardaba con la ropa sus peones,  
el látigo encontró, de repelones.  
Cogióle furibunda  
y al muchacho pegó tan recia tunda  
que á contar de las piernas al cogote,  
no le dejó lugar libre de azote,  
diciendo al batanarle de alto á bajo:  
¡mira cómo te luce tu trabajo!  
A robar te llevó tu mal deseo,  
y con el robo yo te vapuleo.

*Siempre verás que el vicio  
se labra por sus manos el suplicio.*

HARTZEMBUSCH

# El Talismán

De Jaques Morian, traducido para Páginas Ilustradas por F. F. Noriega

Hilda oyó con muestras de impaciencia en aquella mañana las últimas notas de la canción que el Jefe de los Guerreros Blancos entonaba á sus plantas. Con supremo desdén, y sin fijar sus ojos en el galante y hermoso trovador que la contemplaba extasiado, se levantó magestuosa, y rozando apenas con sus leves y diminutos piés las baldosas de nácar, fué á reclinarse en la balaustrada de la terraza para contemplar la llanura esmaltada de gladiolos rojos que se extendía delante del palacio. Sus labios, rivales de las flores que contemplaba, parecían cansados de reír, y sus cejas finas y arqueadas se contraían sobre los rasgados ojos claros que miraban con tediosa vaguedad las azuladas lejanías. Luego se dirigió al otro extremo de la terraza á contemplar el mar azul, cuyas olas transparentes venían á morir con tenues rumores en los muros del palacio.

—Qué fastidio! exclamó, y un hondo suspiro levantó el peto del corpiño esmaltado de piedras preciosas entre las cuales brillaba una con reflejos glaucos, el talismán que misteriosamente oficiaba todos sus caprichos, y al que debía también su incomparable belleza, Hilda, la Reina de las flores.

Desde que ella llevaba sobre su pecho la encantada esmeralda, ningún mortal que contemplara la peregrina hermosura de la dichosa Hilda, escapaba á la traidora fiebre del amor, y toda mujer que fijaba la vista en sus vestidos hechos como de tenue neblina, é irisados con rayos de aurora palidecía de envidia.

Todos sus deseos se cumplían al conjuro del precioso talismán; la inmensa llanura, antes campo infecundo y desierto, de esta suerte había convertido en risueño y esplendente prado matizado de rojos gladiolos que perfumaban el ambiente. Pero Hilda estaba ya hastiada de dicha y buscaba sin encontrarlos, nuevos deseos, impresiones no sentidas aún, y exclamó, dirigiéndose á su corte:

—Quiero andar sola con mis perros todo el día. Que nadie me siga.

El Jefe de los Guerreros Blancos, el gallardo y enamorado príncipe suspiró; la dueña se cruzó de brazos y nadie se atrevió á replicar. La Princesa, escoltada por sus perros de hirsuto y enmarañado pelaje bajo el cual reverberaban unos ojos cuasi-humanos, descendió por la deslumbrante escala de mármoles y nacar de la terraza.

\* \* \*

Andaba lentamente porque sus diminutos piés calzados con altos borcegues apenas soportaban su cuerpo ligero y esbelto como palmera; pero suspiraba sustraída á la cáfila de mercenarios y serviles aduladores, triscando con sus perros al compás de las canciones con que la mecieron en la cuna.

Ya en los límites de la florida llanura que domina á *Hildápolis*, cuyas cúpulas blancas sobresalían airoosas bañadas por el sol de la mañana, quiso descansar; pero se sorprendió al ver sentado en el estrado real sólo para ella levantado allí, y escribiendo, á un extraño personaje envuelto en un manto oscuro y circundado de una aureola de misterio. Su semblante adusto se levantaba á intervalos como para leer en el espacio azul, sin bajar sus ojos hacia la ciudad que tenía á sus pies ni para fijarlos en Hilda que lo contemplaba con temeroso interés.

No era una hermosura varonil: su semblante pálido y demacrado ostentaba una ancha frente surcada por arrugas que denotaban el esfuerzo del pensamiento, y unos ojos hundidos en los que brillaba un fuego sombrío que daba tono á una mirada profunda é investigadora: La barba era aguda y poco poblada, y sus cabellos negros caían en desorden sobre el cuello delgado y de blancura mate aceitunada.

Hilda se sintió fascinadora ante aquel extraño personaje de expresión tan grave y reflexiva, como no se había sentido nunca ante ningún mortal; pero vuelta en sí de su estupor, avanzó valerosa hasta colocarse á su lado; mas en vano, porque siguió su tarea sin levantar los ojos.

Impaciente por la indiferencia del extraño personaje, con voz alterada le habló:

—Quién eres tú para penetrar de ese modo en mis dominios?

El desconocido con inaudito desdén levantó la cabeza y replicó:

—Niña, la tierra es mi dominio y voy á donde quiera que haya un dolor. Se sufre en estos hermosos sitios? Héme aquí; pero, para qué hablarte de las miserias humanas? Nada comprenderás.

—Eres un loco! dijo Hilda, no sabes, desgraciado, que soy la reina de estos campos floridos, y que con sólo tocar este talismán y desear tu muerte serás pasto de los cuervos?

El extranjero volvió á levantar los ojos hacia Hilda que tembló ante su dulce y profunda mirada.

—Niña, nada puedes contra mí. La Inteligencia y la Piedad me guían, y ellas son más poderosas que tus sortilegios. Ve á desear males para tus súbditos envilecidos; yo no estoy con ellos ni lo estaré nunca.

—Que este hombre se arrastre á mis pies delirante de loca pasión por mis encantos, dijo Hilda temblando al tocar con sus manos la esmeralda misteriosa.

Pero el extranjero siguió imperturbable su tarea, y la Princesa contrariada al convencerse de que el talismán de los glaucos reflejos no tenía ningún poder sobre el intruso, huyó derramando lágrimas de despecho.

Los cortesanos se preguntaban esa tarde qué pena desconocida atormentaba á la encantadora Hilda que en los trasportes de su loca desesperación hirió en el brazo á una de sus damas de honor por fútiles motivos. El desconcierto y el terror estaban pintados en todas las gentes del palacio, mientras el sol se ocultaba en las ondas del lejano mar, bañando con sus rayos de oro la llanura esmaltada de flores rojas.

Los himnos de la tarde se elevaban junto con la brisa cargada de aromas; pero la infortunada Hilda no pensaba sino en el misterioso extranjero que la había desdeñado.

\* \* \*

Al despuntar el alba del siguiente día, la desconsolada Princesa, seguida de sus perros, descendió sola por la deslumbrante escala de mármoles y nácar de la terraza.

Sus ojos marchitos por el insomnio eran visible muestra de la honda pena que la devoraba. Marchaba lentamente y apenas soportaba el peso de su corona real esmaltada de pedrería, y sólo la preocupaba la idea de deslumbrar con sus atavíos y su poder al implacable enemigo de su tranquilidad.

Llegó, y como siempre, el extranjero escribía; y como la víspera, le halló encerrado en un impenetrable mutismo que desgarraba su vani-

dad. A pesar de su profunda agitación, detuvo el paso para contemplar aquel manto negro, aquel ser tan extraño circundado de una atmósfera de misterio y de severa grandeza que sin darse cuenta la atraía.

Se acercó más, y con voz tímida y suplicante que contrastaba con su tono imperioso del día anterior, le dijo:

—Extranjero, dignaos responder á mis preguntas. Quiero saber el secreto de esa serenidad, de ese poder de que tanto alardeáis. Quién sois? De dónde venís?

—Para instruirte en la divina ciencia que profeso, replicó el extranjero, es preciso tener virtudes de que careces. Sigue, niña, sonriendo en medio de flores y de perfumes. Sigue cubriéndote de telas preciosas cuyo precio bastaría para hacer vivir á tanto desgraciado. Apártate de mi camino porque mi tiempo es limitado, mi tarea ruda y constante. Soy el amigo de los desgraciados. Me desvelo por buscar bálsamos para todas las heridas, remedios para todos los males. Cómo podrás tú comprender las gratas fruiciones de mi espíritu cuando no ves la miseria de tu pueblo? Vuelve á tu palacio de mármoles, de pórfidos y nácares, húndete en tus frívolos placeres, mientras que á tus piés las pobres gentes que aman, que trabajan y sufren al peso de la miseria, consumidos por las humillaciones, abyectos al golpe del dolor, deshojan inconscientes todas las flores de su alma inmortal, que no alienta en tí, porque no la sientes.....pero alejaos, porque pierdo instantes preciosos que no son míos.

—Una palabra, titubeó Hilda, compadecios de mi turbación. No sé lo que pasa en mí; el acento de vuestra voz me anonada, una tristeza infinita invade mi espíritu. El sol parece que me niega su calor y su luz; la brisa como que me trae un hálito de muerte. No sé de mí. Qué hacer para recuperar la tranquilidad que he perdido? Puesto que sois el amigo de los que sufren, no me abandonéis.....

El extranjero hizo á un lado su libro de memorias, en el cual ya había empezado á hacer signos, y con tono impaciente le dijo:

Si no te dominara esa vida de frivolidades, si no te preocuparas tanto por tí misma, estarías tranquila. Si no oprimieras tu talle en un molde de avispa que rompe la armonía de tus formas; si no mutilaras tus piés en estrechos borceguíes de altos tacones que te hacen dar pasos de ánade cansado, serías menos nerviosa..... Pero, no, yo no he venido al mundo para cavilar sobre tus miserias de muñeca cuando me necesitan tantos desgraciados que agonizan en la miseria y en la desesperación que provocan los poderosos.....

\* \* \*

La aurora del siguiente día sorprendió á Hilda sobre la terraza de su palacio abrumada por un cúmulo de siniestros pensamientos; pero todavía en su amor propio la atormentaba más la dureza con que había sido tratada por un desconocido mortal, y ébria de despecho desgarraba sus vestidos y lloraba amargamente.

Osar el atrevido á mofarse de sus tocados y llevar al ridículo hasta su manera de andar! Esto la hería en lo más vivo de su vanidad de mujer, y más aún que los reproches encaminados á conseguir sus demás frivolidades.

Pero un deseo, también vehemente, la obsesionaba: el de contemplar nuevamente al misterioso extranjero que tanto la había ultrajado.

\* \* \*

Con la luz del alba, Hilda bajaba la escala deslumbrante de mármoles y pórfidos de la terraza, desdeñando el brazo que le ofrecía el rey de los Guerreros Blancos, y rápida como una gacela corrió á la llanura de gladiolas.

A medida que se aproximaba al sitio conocido sentía que el corazón se le quería salir del pecho y que sus piernas flaqueaban; pero el extranjero ya no estaba allí. En su lugar encontró á una joven aldeana vestida á la usanza de los peregrinos, que fatigada bebía agua en su odre.

—Niña, balbuceó débilmente Hilda, no has visto un extranjero cuyas miradas penetran como dardos acerados y que tiene la magestad de un rey?

—Sí, replicó la aldeana inclinándose reverente. El extranjero de ojos de luz y sombra estaba aquí al amanecer; pero en seguida de curar mi herida, tomó el camino de la ciudad. . . . .

—Cómo así? preguntó con interés la Princesa.

—Princesa de las Flores, pasaba por este sitio con un hermanito mío, cuando un enorme mastín se arrojó sobre nosotros. Entonces yo me interpuse entre mi hermanito y la fiera, y ésta clavó los dientes en mi brazo; el extranjero voló en mi socorro y ahuyentó el perro, y luego me curó la herida. Si hubierais visto con cuánta solicitud y cariño acarició á la criatura que lloraba y me puso un apósito y ligó la herida! En seguida partió como os he dicho, y sin detenerse un momento en la ciudad, siguió para la Selva Oscura, á donde no llegará hasta la noche.

La Princesa devoró con envidiosa mirada á la pobre aldeana sobre la cual se habían fijado los ojos del extranjero, y en un ímpetu de celos estuvo á punto de añadirle el rostro, —pero dominándose la interrogó por el camino de la Selva Oscura.

—Después de franquear la puerta de ónix, replicó la aldeana, se sigue el fragoso camino que se va alejando del mar. Pero, Princesa, os advierto que la vía está sembrada de zarzas y piedras filudas que destrazan los pies; para recorrerla es preciso calzarse unas sandalias fuertes como estas que yo uso, y vestirse con ropas ordinarias y duras como las mías. También me atrevo á advertiros que la Selva Oscura no está en vuestros dominios, de modo que si entráis en ellos, el sagrado talismán que brilla en vuestro seno perderá sus virtudes.

—Qué me importa, dijo Hilda encogiéndose de hombros. Para qué quiero esta esmeralda si ella no me da la tranquilidad del espíritu? Iré á la Selva Oscura. Tú me darás tus ropas en cambio de los vestidos y de las joyas que escojas en mi tesoro real. Ven conmigo.

\* \* \*

Bajo un sol abrasador, Hilda, con el burdo traje de los peregrinos, alegre y resuelta, tomó el camino de la Selva Oscura, sin sentir ni el calor ni la fragosidad del camino.

Cuando llegó á la puerta de ónix, el sol ya casi tocaba el horizonte y con sus oblicuos rayos doraba la trasparente mole de la portada, destacándola soberbiamente, sobre el azul turquí del cielo.

La animosa Hilda, se internó en el camino de zarzas y de filudos guijarros que desgarraban á cada paso su delicada piel; pero nada sentía; por el contrario, á cada momento apuraba más el paso, fijos sus hermosos ojos claros animados por la esperanza, en las azuladas colinas que limitaban el horizonte.

El ambiente se iba refrescando paulatinamente, con la luz del crepúsculo cada vez más intenso, hasta que llegó la noche con el concierto de sus rumores y el cortejo de sus sombras y de sus misterios.

\* \* \*

Después de algunas horas de continuo andar, la marcha de la cuidada Hilda se iba haciendo más penosa. Las tinieblas la envolvían en medio del zarzal, y á cada momento aves siniestras azotaban su rostro, al pasar revoloteando, y lanzando graznidos horribles, cuando no tropezaban sus pies con alimañas cerdosas que saltaban al compás de sus gritos agudos. De trecho en trecho la sobrecogía de espanto el ahullido del lobo y el lúgubre graznido de las lechuzas. Perros vagabundos y hambrientos que habían abandonado sus rebaños la perseguían cruelmente, y uno de ellos se atrevió á hincar en ella los dientes; pero nada la detenía en su vertiginosa marcha hacia la Selva Oscura, cuya silueta lejana alcanzó á divisar al fin á la pálida luz de la luna que por momentos se veía entre negros nubarrones.

Después de andar toda la noche, ya desfallecida, alcanzó á divisar los grandes abetos que limitaban la Selva Oscura, los cuales semejaban las columnas de un grandioso templo. Trepó por la escarpada eminencia que sombreaban las extendidas ramas, cuando sintió que su talismán caía convertido en un pedrusco ordinario, rodando al abismo en cuyo fondo bramaba un torrente. Sobrecogida de espanto, no se detuvo y siguió impertérrita su penosa ascensión.

Por fin llegó á un lugar descubierto donde los árboles se extendían en anfiteatro frente á una montaña cubierta de nieve que brillaba á los reflejos del sol naciente.

De pie en medio de una multitud de gentes harapientas que provocaban asco y que le escuchaban con religiosa atención, el extranjero hablaba. No reconoció á la Princesa del País de las Flores en esa niña que con el traje pobre de los peregrinos le miraba con ternura.

—Qué buscas aquí, hija mía, la dijo con dulzura; te has extraviado en el bosque? Pero estas cansada. Ven conmigo. Te daré pan y un lecho de musgo para que descanses.

Ella lo siguió en silencio; pero cuando se alejaron un tanto de la muchedumbre, cayó de rodillas, y levantando hacia él sus hermosos ojos claros, velados por infinita languidez, prorrumpió:

—Misterioso extranjero, sed clemente y no desdeñéis á la infeliz que implora vuestro cariño. Oídme: por seguirus he sacrificado mi reino, mis riquezas y el talismán que en esta región de vuestros dominios perdió todas sus virtudes. Mis piés manan sangre, y con ella he regado la vía que acabo de recorrer en medio de los horrores de una noche que creía sin fin, desfalleciendo á cada paso de cansancio, de hambre, de sed y de pavor. Héme aquí estenuada, pobre como la más infeliz de las criaturas; pero venía en busca vuestra, os he hallado y de nada me arrepiento. No anhelo sino serviros de rodillas y aprender de vuestra boca las verdades que predicáis. Seré feliz si me permitís seguir á vuestro lado para no abandonaros jamás. Por la noche cuando os reclinéis á descansar, yo velaré meditando en las verdades que brotan vuestros labios.

Vacilante y como ofuscado, el extranjero levantó á Hilda con tierna solicitud.

—Puesto que tú lo quieres, serás de hoy en adelante la adorada compañera de mi vida. Quién sabe? Puede ser que tus encantos triun-

fen cuando mi palabra sea impotente, y los esfuerzos de ambos coronarán la victoria. Entonces, la humanidad será lo que debe ser. Y estrechándola entre sus brazos, la besó en la frente.

Aquel beso la llenó de supremo deleite, y fué para la infortunada peregrina como un bautismo de felicidad.

Hilda fué feliz en la Selva Oscura, y nunca echó de menos ni su palacio, ni sus riquezas, ni el esplendor de su corte, porque aprendió cuanto puede la voluntad firme y decidida al servicio del ideal.

## Quo Vadis?

### A UN POETA

Para Páginas Ilustradas

¡No hay lucha sin dolor . . . . !  
Suelta la brida  
De tu pegaso fuerte . . . . .  
Deja auroras al paso por la vida  
Que alumbren en la noche de tu muerte.

Redime á tu adversario  
Con tu nuevo *Sermón de la Montaña*,  
Aunque tengas un INRI y un *Carvario*  
Como gloria final en tu campaña!

Es ardua tu contienda,  
Pues son tus ansias difundir la lumbre;  
Hay al-rojos y sierpes en tu senda,  
Pero sobre ellos salvarás la cumbre.

Sé rayo que fulmina  
Rasgando en mil pedazos la impostura,  
Tu misión evangélica termina  
Y clava tu pendón sobre la altura.

No se oiga ya la endecha  
Que ensayan los histriones de sainete,  
Sea tu canto el himno que en la brecha  
Entone el Triunfo al avanzar tu ariete.

Tu verbo que al oído  
Arrulló cual la música distante,  
Semeje el estampido  
Que lanza al paso tu corcel triunfante.

No escuches el aplauso de profanos  
Ni la injuria mordaz del sicofanta,  
Y azota á los espíritus insanos  
Con tu protesta redentora y santa.

Del numen de tu mente haz un cilicio  
Y de tus iras látigos de fuego,  
Y doméñala los ímpetus del Vicio  
Que impone su coraje sin sosiego.

Con tu canto fecundo  
Levanta á la Virtud una proclama,  
Y tu voz, hecha luz, por todo el mundo  
La lleven los clarines de la fama.

No cejes nada en tus contiendas rudas  
Y rasga las tinieblas con tu verbo,  
Aunque te besen los nefarios judas  
De espíritu protervo.

Cese el canto á las náyades y flores,  
El canto que se esfuma en vaguedades.  
Alza el grito triunfal de los condores  
Que miran con desdén las tempestades.

Que arrulle la torcaz en la montaña,  
El cierzo que solloce en el osario;  
Tú eleva la canción de tu campaña  
Y asciende, como Cristo, á tu calvario.

Lucha y vence, cu il lo hacen los alciones  
Desafiando las iras de los mares;  
Sé prócer de futuras redenciones  
Tornando en marsellesas tus cantares.

Y si en tu sacra lidia  
Te aúlla la impotencia de algún necio,  
Al borde del abismo de su envidia,  
Enclávale en la cruz de tu desprecio!

LISÍMACO CHAVARRÍA

# Victoriano Sardou

Autor dramático francés contemporáneo. Nació en París á 7 de setiembre de 1831. Hijo de un profesor que había escrito libros clásicos elementales, comenzó la carrera de Medicina; pero obligado por la estrechez en que vivía su familia, hubo de interrumpir aquellos estudios para dar repasos de historia, Filosofía y Matemáticas. Fué aquella época para Sardou memorable por las necesidades y la miseria. Ya en aquel tiempo escribió Victoriano algunos artículos en las revistas, en los diccionarios, especialmente en el de la *Conversación*, y en los periódicos. Aficionado á la Literatura, ensayó sus dotes para la composición dramática; pero habiendo tenido la desgracia de que el público recibiera mal en el teatro del Odeón (1º de abril de 1854) su comedia titulada *La taberna de los estudiantes*, se alejó de la escena, aunque no por muchos años. En 1857 se encontraba en un grande apuro. Luchaba intrépidamente, pero su cuerpo delicado no respondía á la fuerza de resistencia de su voluntad de hierro, si bien las pruebas á que tuvo que esometerse acabaron por abatirlo. Atacado de una fiebre tifoidea habitaba un pequeño cuarto en el último piso de una casa, en el cual tenía como vecina á Made-moiselle Brecourt. Esta supo un día que el joven se hallaba gravemente enfermo, quizá de peligro. Instalose á su cabecera, y tan bien se portó que la enfermedad caminó á su curación. Poco después, en 1858, Sardou se casó con Mlle. Brecourt, entró por ella en relaciones con Mlle. Dejaset, que fundaba entonces un teatro, y volvió á la carrera dramática, en la que debió adquirir una tan rápida como brillante reputación. Nueve años más tarde se hallaba en plena posesión de la fortuna y del renombre, cuando murió la que lo había salvado (1867). Poseía entonces un gran capital. Había adquirido una inmensa reputación, con rapidez mayor que ningún otro escritor de su tiempo. Condecorado con la cruz de la Legión de Honor, fué luego promovido á oficial de la misma (14 de agosto de 1869). En segundas nupcias se casó con Mlle. Ana Soulié, hija del conservador del Museo de Versalles, muerta en 1876. Para la vacante que en la Academia Francesa había dejado Autrán presentó su candidatura en lucha con las de Audiffret-Pasquier y Leconte de Lisle, y logró el triunfo (7 de junio de 1877) después de varias votaciones. Verificó su ingreso al año siguiente (27 de mayo de 1878). Escritas con facilidad, y no pocas con precipitación, las producciones dramáti-



Victoriano Sardou,

Autor de los dramas FEDORA y TOSCA.



cas de Sardou tienen bellas cualidades y defectos que explican su popularidad y las disputas que algunas han originado.

Según el *Diccionario Enciclopédico Hispano Americano*, de donde tomamos los anteriores datos para acompañarlos al retrato que hoy publicamos del insigne dramaturgo, las obras escritas por él hasta el año 1880 alcanzan al número de cuarenta, entre las cuales podemos citar *Fedora* y *Tosca*, ambas tan bien interpretadas en estos últimos días por la Compañía Martínez Casado que actúa en el *Variedades*.

---

## Segundos

Para Páginas Ilustradas

Una noche en la cantina del Nacional, durante un largo intermedio, quedé frente á ella.

Era mi conocida, aquella elegante dama.

En los momentos en que la contemplaba, la encontré triste.

No era la contrariedad lo que reflejaba su rostro, antes lleno de juventud y amor, sino una tristeza suave y misteriosa como un crepúsculo vespertino.

Y en aquellos momentos de descanso bullicioso, en medio de risas y charlas y ruido de botellas, todas las miradas se dirigían hacia aquella mujer.

Yo seguía contemplándola, pensando en su palidez, en su dulzura, en su indiferencia por todo. . . . .

De repente su mirada se encontró con la mía y saludándome con una lijera sonrisa, sus ojos quedaron fijos largamente, mientras sus labios jugaban una sonrisa que no podía pronunciarse.

Y mirádonos, pensé:—"He aquí una mujer soñada por el poeta: casi una visión, una criatura bella y delicada, hecha de lirios, cuya palidez angélica hace huir nuestro pensamiento de la tierra y lo eleva hacia lo infinito. . . . .!"

Y bañado con la ténue luz de sus ojos negros, de dulce y nostálgica expresión, pensaba en la Irene de Ibsen. . . . .

Setiembre de 1905.

STENIO

# Al sol

La vida tan corta, tan larga, se hace insoportable á veces. No se la puede detener, ni cambiar, ni comprenderla. A menudo os indignáis ante la impotencia de vuestros esfuerzos. ¡Hagamos lo que hagamos, moriremos! Sea lo que fuere lo que creamos, pensemos ó intentemos, la muerte nos espera. Y nos parece que vamos á morir mañana sin conocer nada, aun cuando asqueados de lo que conocemos. Entonces nos sentimos anonadados, comprendiendo «la eterna inanidad de todo.» la impotencia humana y la monotonía de las acciones.

Nos levantamos, andamos, nos ponemos de codos á la ventana. Los vecinos de enfrente almuerzan como almorzaron ayer, como almorzarán mañana. Son marido, mujer y cuatro hijos. Hace tres años vivía aún la abuela. Ya no vive. El padre ha variado mucho desde que somos vecinos. El no lo advierte; parece contento y dichoso. ¡Imbécil!

Hablan de un matrimonio, después de una muerte, luego del pollo que comen, que resulta correoso, y por fin de la criada que les sisa. Les preocupan mil cosas inútiles y tontas. ¡Imbéciles!

El aspecto del piso en que viven hace dieciocho años, me llena de indignación y asco. ¿Esto es la vida? ¡Cuatro paredes, dos puertas, una ventana, una cama, unas sillas, una mesa y ya está! ¡Cárcel! ¡Cárcel! Toda habitación en que se vive mucho tiempo se convierte en cárcel! ¡Oh, huir, mar har! ¡Huir de los sitios conocidos, de los hombres, de los movimientos iguales ejecutados á una misma hora, y sobre todo, de los mismos pensamientos!



Fot. Rudd

Vista en Río Banano

Cuando se está cansado, cansado de un modo mortal, de la mañana á la noche, cansado hasta el punto de no poder levantarse para ir en busca de un vaso de agua, cansado de los rostros que nos son familiares, vistos harto á menudo y que ya nos irritan, cansado de los odiosos y plácidos vecinos, de lo habitual y monótono de la calle, de la criada que viene á preguntar: «¿qué desea el señor para comer?» y que se marcha, levantando á cada paso con el tacón el borde deshilachado de las sucias sayas; cansado del perro demasiado fiel, de las manchas inmutables de

la pared, de la regularidad de las comidas, del sueño en la misma cama, de cada acción repetida cada día; cansado de sí mismo, del timbre de su propia voz, de los actos que se repiten sin cesar, del estrecho círculo de sus ideas, cansado de nuestro propio rostro visto en el espejo, de los viajes que hace afeitándose, hay que partir, entrar en una vida nueva y distinta.

Los viajes son algo así como una puerta por donde se sale de la realidad conocida, para penetrar en una realidad inexplorada que parece un sueño.

¡Una estación! ¡Un puerto! ¡Un tren que silba y escupe su primera bocanada de humo! ¡Un gran vapor que sale lentamente de la bahía, pero cuyos flancos se estremecen de impaciencia y que va á desaparecer en el horizonte, en demanda de nuevas tierras! ¿Quién puede ver esto sin envidia, sin sentir que se despierta en su alma el anhelo de los largos viajes?

Se sueña siempre en un país preferido, quién en Suecia, quién en las Indias, éste en Grecia, aquél en el Japón. Yo me sentía atraído hacia el Africa de un modo imperioso, por la nostalgia del Desierto desconocido, como por el presentimiento de una pasión que va á nacer.

Salí de París el 6 de julio de 1881. Quería ver aquella tierra del sol y de la arena en pleno verano, bajo el calor bochornoso, bajo la furia cegadora de la luz.

Todos conocen la magnífica poesía de Leconte de Lisle:

Midi, roi des étés, epandu sur la plaine.—Tombe en nappes d'argent, des hauteurs du ciel bleu.—Tout se tait. L'air flamboie et brule sans haleine.—La terre est assou pie en sa robe de feu.

El mediodía del desierto, el mediodía fulgurante por la arena inmóvil y sin límites, es lo que me ha hecho dejar las *floridas orillas* del Sena, cantadas por la señora Desboulíères, los frescos baños de la mañana y la verde sombra de los bosques, para atravesar las ardientes soledades.

Otra causa daba por entonces mayor atractivo á Argelia. Bu-Amema, el invisible caudillo, proseguía aquella fantástica campaña que tantas tonterías ha hecho decir, escribir y cometer. Se aseguraba que los indígenas preparaban una insurrección general, dispuestos á intentar un postrer esfuerzo, y que en cuanto terminara el Rhamadán estallarían la guerra de un extremo á otro de Argelia. Era, pues, muy curioso estudiar á los árabes en aquella ocasión, tratar de comprender su alma, cosa que importaba bien poco á los colonizadores.

Flaubert decía á veces: «Es posible imaginarse el desierto, las pirámides, la Esfinge, antes de verlas; lo que no se puede imaginar antes de haberla visto es la cabeza de un barbero turco, en cuclillas delante de su tienda.»

¿No sería más interesante aun saber lo que piensa esa cabeza?

«El tiempo está un poco bastante pior y, por lo consiguiente, los caminos muy *frangalosos* de barro». Esto nos contestó un campesino á quien le preguntamos por las condiciones en que se hallaba el camino de San Carlos, el martes 9 de noviembre de 1885. Efectivamente, al comenzar el descenso de la cordillera que limita las llanuras, encontramos atascado y muerto al medio del camino, un caballo cuya apariencia indicaba que no había muerto de viejo ni de flaco. Mal presagio, decía don Ramón Cabezas, que era compañero de viaje. Esto no es nada, agregó don Eusebio Rodríguez, quien parecía adivinar lo que había de sucedernos. Nuestras cabalgaduras daban muestras de ser incansables; pero los contratiempos no dependen siempre de los animales. Ya la noche anterior nos habíamos visto obligados á dormir en una troja de maíz, por falta de camas, y aun me parece sentir las impresiones de las mazorcas en la espalda y el hormigueo de los gorgojos que me anduvieron por todo el cuerpo.

Serían las cuatro de la tarde cuando llegamos á las llanuras, bajo un aguacero que cesaba por instantes para comenzar de nuevo con mayor fuerza. Puedo asegurar que no me di cuenta del camino y que la exuberante vegetación de aquellas montañas, parecía eclipsada por la niebla y por la lluvia que nos mojó hasta donde es posible, y convirtió el camino en un lodazal sin intervalos. A menudo se desenraizaban árboles corpulentos y caían, produciendo un ruido seco, semejante al estampido del cañón. Antes de llegar á la finca del señor Rodríguez, que fijaba el término de nuestro viaje, nos alcanzó la noche y se puso tan oscura, que era imposible ver siquiera las orejas de nuestras bestias y menos aún los troncos que, á cada paso, se encontraban atravesados en la vereda: aquí hay una rama, decía el que iba adelante. El golpe avisa, contestaba el segundo. Aguárdenme, agregaba el último, porque mi caballo no quiere caminar. Así, entre mojados y molidos, llegamos por fin á las 7 p. m.

A la mañana siguiente debía hacerse el reconocimiento del lugar y al efecto, nos levantamos temprano, cada uno tomó una taza de café, un vaso de leche, su escopeta y la resolución de volver á almorzar al medio día, con lo cual los exploradores estuvimos listos y en marcha. Atravesamos el desmonte cercano á la habitación y seguimos por entre la montaña, haciendo marcas en los árboles hasta la orilla del río San Rafael. Admirable en todos sentidos me pareció aquel bosque de árboles altísimos, llenos de hojas verdes durante todo el año y de pájaros, mariposas y flores que confunden sus brillos metálicos. Atraídos por la curiosidad de conocer la otra orilla del río, pasamos por una vara tirada sobre las

piedras y seguimos el curso de las aguas á distancia como de cincuenta metros de la margen derecha. La cacería nos obligó á separarnos un poco más, pero sin dejar de oír el murmullo del río. Cuando se pensó en regresar, cruzamos de nuevo el cauce, saltando sobre piedras, en la creencia de que lo hacíamos abajo de la vara atravezada que nos sirvió de puente: por desgracia nos hallábamos arriba y no lo notamos hasta que estuvimos bien lejos del río y sin poder volver á sus orillas. La lluvia, la tormenta, el hambre y la sed nos acometieron, y aunque caminamos sin detenernos un momento, hasta las seis y media de la tarde no contamos en la cuenta de que nos habíamos alejado á muchos kilómetros del campamento. Aquí nos quedamos, dijo Rodríguez, que reconoció un tronco caído sobre un barranco. Las condiciones no podían ser peores: lluvia constante, falta de alimentos, cansancio, carencia de fuego, la pólvora mojada, las botas llenas de agua y por toda habitación la raíz de un árbol en medio de la selva; como única luz, teníamos unos troncos podridos, cuya fosforescencia nos indicaba la marcha del minuterio; á cada una de sus vueltas revivía en nosotros la esperanza de ver salir de nuevo el sol.

¡Encantos de la naturaleza llaman los poetas á todo lo que nos rodeaba! Yo he gozado recordando las peripecias de aquella excursión; pero también es cierto que los militares gozan con el recuerdo de un combate en que perdieron su brazo derecho.

¡Así es la imaginación humana!

A las cinco de la madrugada comenzaron á gritar los congos, las pavas y las loras, nosotros, aprovechando las claras del día, emprendimos la marcha de regreso, siguiendo una *picada* que don Eusebio conocía. ¡Qué sabrosa nos pareció el agua de una quebradita que hallamos á nuestro paso! Llegamos al campamento á eso de medio día; por lo que á mí respecta, puedo asegurar que jamás he comido, bebido, ni dormido con mejor gana, que el día once de noviembre de 1885.

De regreso al día siguiente, pernoctamos en el Zarcero, donde el aire se mantiene húmedo y frío en esa época del año. Yo no sé francamente qué fué peor, si la dormida en la montaña, ó sobre un cuero de res extendido en el suelo, excesivamente duro y pelotoso durante las primeras horas, y mojado y hediondo después de media noche, porque debe tenerse en cuenta que, como atractivo final del paseo tuvimos un baño de goteras que convirtió la sala de nuestro dormitorio en un verdadero charco. Estas son, á grandes rasgos, las penalidades que pueden sufrirse en un viaje de tres días, cuando en lugar de tiendas é instrumentos se lleva la esperanza de hallar en todas partes acomodo.

# EL RETRATO DE UNA MADRE

Uno de los soldados llegados á Manila en el crucero «Raliech», relata este rasgo conmovedor de un joven marino de la flota americana.

Algunos instantes del principio de la batalla naval de Manila en el momento que se daba la orden de «al combate», á uno de los muchachos del buque se le cayó su chaqueta al agua. Quiso saltar para cogerla, pero se le prohibió que lo hiciera. Corrió entonces por el otro lado, se sumergió y volvió á aparecer por la superficie con la prenda de ropa.

Se le aprisionó por la desobediencia.

Después de la batalla, el almirante hubo de pronunciar la sentencia



Fot. Rudd

Una plantación de cacao

del joven, y se le condenó á varios años de prisión. El comandante preguntó al culpable lo que le había determinado á desobedecer en un momento tan grave.

El muchacho sacó de la bolsa de su chaqueta una fotografía que le alargó á su juez: «Por nada del mundo, dijo, habría querido perder el retrato de mi madre.»

El almirante se conmovió profundamente. Abrazó al pequeño marino y dijo á los asistentes: *Boys*, los que arriesguen su vida por el retrato de su madre, saben darla por la patria. No hay necesidad de aprisionarlos.»

Y puso en libertad al marino.

# José María de Heredia

Para Páginas Ilustradas

La muerte acaba de arrebatár en José María de Heredia, uno de los poetas que más gloria han dado á la literatura francesa.

Aunque Heredia fuera francés sólo por su madre que descendía de una noble familia de Normandía, había, gracias á una esmerada y sólida educación clásica hecha en Seulis, conquistado el campo de los autores antiguos, ayudado, además, por notable atavismo; el que lo ligaba al célebre poeta español José María de Heredia, autor de *Poesías* y entre ellas, de la famosa *Oda á Napoleón*.

La naturaleza y la educación recibida tenían forzosamente que obrar en los destinos del que, descendiente de un conquistador, y nacido allá en la esplendorosa tierra de Cuba, entre las montañas de Sierra Madre, se educaba en París, en el momento en que floreció el clasicismo de Teófilo Gautier, en que Leconte de Lisle encontraba «los tonos bárbaros de la antigüedad» y de Banville evocaba los dioses. El malogrado Chenier que había como condensado en sus obras los resultados del neo-clasicismo de aquel tiempo, influye notablemente sobre Heredia, de tal manera, que en su libro *Trofeos* irradian los tonos maravillosos de Chenier.

A pesar de eso la original personalidad de Heredia tenía que imprimirse en sus obras: grande, fuerte, robusto, altivo, tenebroso, parecía llevar en su sangre algo de batallador y de exuberante. No fué de los que se dedican á escribir mucho y á pensar poco, no fué de esos logógrafos que invaden á cada momento la discreta oficina de los pobres editores. No fué tampoco un logorreico de los que á caza de oratoria y fama, invaden cámaras y círculos literarios. Probablemente ese instinto de escribir poco y bien le hizo decir un día á un joven ingeniero que le presentaba algunos ensayos literarios:

—Trabajad, trabajad mucho, Producid poco..... Un volumen cada dos ó tres años, no más. Esa es la gloria. Preferid la gloria á la fortuna.....

El mismo llevó al joven ingeniero á casa de su editor Lemerre y pronto aparecieron *Chonchette*, *Cousine Laura*, *Mademoiselle Jaufre*.... Así hacía sus debuts Marcel Prévost, el escritor que todos conocemos.

En cuanto á de Heredia, no hay necesidad de un campo muy vasto para colocar sus volúmenes. Sus primeros escritos aparecieron en *La Revue de Paris*, en «*La Revue des deux Mondes*», «*Le Temps*», etc.

Teófilo Gautier, en todo su apojeó, recitaba de memoria los sonetos de aquel joven poeta de 20 años:

Comme un vol de gerfauts hors du charnier natal,  
Fatigués de porter leurs misères humaines,  
De Palos de Moguer, routiers et capitaines  
Partaient, ivres d'un rêve héroïque et brutal.

Ils allaient conquérir le fabuleux métal  
Que Cipanga mûrit dans ses mines lointaines,

Et les vents alizés inclinaient leurs antennes  
Aux bords mystérieux du monde occidental.

Chaque soir, espérant des lendemains épiques,  
L'azur phosphorescent de la mer des Tropiques  
Enchantait leur sommeil d'un mirage doré;

Ou, penchés á l'avant des blanches caravelles,  
Ils regardaient monter en un ciel ignoré  
Du fond de l'Océan des étoiles nouvelles.

Producciones como la anterior volaban de todos lados publicadas en periódicos y revistas diferentes, hasta que en 1893 se publicaron sus *Trofeos*, obra que sin embargo y su reducido volumen le valió un sillón en la Academia Francesa. Al aparecer *Trofeos*—dice Gustavo Kahn—no hubo un solo artículo desfavorable á la obra; hubo ditirambos y numerosos, pero todo lo que no aclamaba al autor, le fué siempre deferente.

Fuera de *Trofeos*, no publicó de Heredia más que dos traducciones del español: una de la *Historia de la Conquista de la Nueva España* y un drama español. A pesar de eso, entró en la Academia Francesa en 1894 y pronunció en escogida y brillante prosa, quizá el solo discurso que pronunciara en su vida; y con sólo sus *Trofeos*, queda considerado como un conquistador de la poesía contemporánea, que de un egoismo sutil escribió para su satisfacción personal, más que para el sinnúmero de los que juzgan sin saber apreciar.

## CALIBAN

---

---

### SOLO

Ya no vuelan en mis ámbitos esos pájaros inquietos  
que en sus picos me trajeron frescas flores de azahar;  
los naranjos se secaron y hoy son tristes esqueletos  
que la nieve y el invierno sólo tienen que esperar.

El torreón de mis ensueños derrumbóse en el vacío,  
demolido por la fuerza que llevaba el huracán;  
el amor d'esa princesa de ojos dulces ya no es mío!  
Las cigüeñas de alas blancas me abandonan, y se van!

Quedo solo en el misterio de un oceano turbulento  
navegando en el esquife que será mi perdición:  
solo, lucho en el combate con la muerte y con el viento,  
y le mando á esa Princesa toda el alma en mi canción!

ARTURO MANRIQUE